



# CRÓNICA

## Sierra de La Cabrera: Maya, invitada especial

20 de octubre de 2018

por Alberto Gonzalo

Aunque la cita es a las 9:30, a las 9:13 ya recibimos un mensaje de Jan: “Ya estoy por aquí, soy el de la perrita”. Facilitar datos para el reconocimiento no es en vano. Entre los inscritos hay varias personas que asisten a su primera excursión con Arista: Isabel Mínguez, Juan Carlos, Penélope, y otros suficientemente nuevos como para no conocer a Jan. Poco a poco vamos llegando y presentándonos y, de paso, conociendo a Maya, la encantadora perrita. De modo que a las 9.30, en el apartamento del Hostal del Águila, nos agrupamos 16 compañeros: David, otra Isabel, Laura, Mary, Marian, Sara, Moncho, Neftalí, Ramón, Vicky, Víctor y Alberto, además de los ya mencionados.

Salimos por detrás de la gasolinera hacia el Pico de la Miel. La mañana está soleada pero, como el día anterior llovió, la subida está muy resbaladiza y hay que buscar entre las losas los puntos de apoyo y ayudarse de las manos para evitar las caídas. La progresión es rápida y en poco tiempo estamos en la cumbre (1.392 m). Hemos recorrido casi 2 km y con el solecito agradable nos entretenemos haciendo unas poquitas fotos. Una buena vista a los dos lados de la sierra, con Somosierra al fondo y Lozoyuela en primer plano hacia el norte, con el embalse del Atazar dominando hacia el Este, a nuestros pies el pueblo de La Cabrera y sobre nuestras cabezas algunos buitres volando las térmicas.

La bajada se hace aún más peligrosa, así que bajamos con el culo a ras, tanto que restregamos las piedras hasta que llegamos al PR-M13.

Ahora caminamos con tiempo soleado entre tomillo muy oloroso, el cantueso, que ya se quedó sin flor, y las jaras de verde brillante. Vamos, ¡un paseo delicioso!

Avanzamos con los canchales y las agujas a la izquierda en lo alto y los pinos a la derecha en el valle, y frente a nosotros el cordal del Mondalindo, de la Peña Negra y la Peña El Viso, del que vemos las laderas verdes hasta que se adentran en unas nubes densas grises que contrastan con el sol que nos acompaña.

Entre las piedras en equilibrio y las finas puntas destaca el conjunto de las buitreras y la característica “muela”, una piedra en lo alto con la forma de su nombre blanqueada por el excremento de los buitres.

Una pequeña parada para comer, unos juegos de pelota que dirige Víctor con maestría, e iniciamos la subida al Cancho Gordo guiados por Maya. Como viene haciendo desde el principio,



se adelanta siguiendo perfectamente el sendero como si fuera su recorrido habitual o interpretara las marcas a primera vista.

Tras llegar al collado del Alfrecho (1.428 m) con su gigantesco hito de casi dos metros de altura pasamos a la vertiente sur y desde allí, sin mucha dificultad pues la piedra expuesta al sol ya se halla seca, y con algún que otro apoyo de manos, llegamos a la Cumbre del Cancho (1.563 m). Km. 5.6.

El paisaje que se divisa es de dudoso gusto. La grandeza de la naturaleza mirando al norte contrasta con el horror de una urbanización junto a la Estación de Bustarviejo y las heridas sobre la superficie que dejan las canteras de granito de Los Navazales.

Otras poquitas fotos subidos al canto de la cumbre y una declaración de amor, la que hace Maya cuando Jan se sube a los restos de una caseta a la que ella no puede subir. ¡Uuuuuuuuhhhh!, mientras permanece allí con Vicky, sentado tan tranquilo, ¡uuuuuuuh!, Maya sigue gimiendo lastimeramente. ¡Uuuuhh! No para hasta que su dueño se baja. ¡Uuhh! Y una vez a su alcance sigue, pobrecita, todavía con el susto encima, uuh, correteando alrededor de su dueño, nerviosa, buscando sus caricias. ¡¡¡¡¡Jan, cuánto te quiere!!!! ¡Jan, cómo nos gusta tu perrita!

Tras disfrutar un rato bajamos por una pendiente empinada, cubierta de vegetación baja, sin dificultad. Comemos, y poco después nos encontramos a las puertas del convento de San Antonio. Desde aquí todo es un amable paseo campestre de 4 km por caminos fáciles, muy apropiados para la conversación, que nos llevan al punto de salida.

Allí nos esperan las cervezas, las coca colas, ¡qué horror!, los panchitos, y un buen rato de conversación con más panchitos. ¿No tienen otro aperitivo en este bar?

Alberto